

Para ir al Aljarafe, la mañana se antojaba deliciosa y con esas, optó por cambiar el coche por la bicicleta. Con ella se respira, se crean costumbres y se siente la vida en las piernas. Pedalear le hacía libre, le ponía alas, como la risa del niño de las nanas de la cebolla a Miguel Hernández y además, necesitaba sentir la vida. Subirse a una bicicleta se había convertido en una desconocida posibilidad de ser feliz, a la par que una saludable manera de transitar por esta Sevilla que tanto facilita las cosas con su orografía. Por sus semáforos, la vida se detenía momentáneamente para que fuesen los pies quienes la pusieran de nuevo en marcha, despertándose de ella misma sobre sus pasos de peatones. El río Guadalquivir le vio pasar, eterno testigo de aquella magna exposición universal que consiguió que su ciudad se mirase en sus aguas y en las del mundo entero, despojándose de la somnolencia que el tapón de Chapina provocaba en su curso, tras aquellos eucaliptos a los que les cantaron los Pata Negra. Para ir al Aljarafe, la mañana se antojaba deliciosa y con esas optó por cambiar el coche por la bicicleta, porque necesitaba sentir la vida. La isla de la Cartuja se le ofrecía libre entre sus dos brazos; el cauce histórico convertido en dársena y el río, separando a Sevilla del Aljarafe, espejo para ambas orillas. Allí se cruzó con grupos de ciclistas uniformados con vistosos colores mientras se adentraba por los paraísos secretos que la otra Sevilla esconde. Vínculos indisolubles son aquellos que forman la naturaleza y los latidos del corazón, que con cada pedaleo, libran batallas personales de autosuperación; y se alegró de cambiar el coche por la bicicleta, porque necesitaba sentir la vida, y porque para ir al Aljarafe, la mañana se antojaba deliciosa.

A la flor del romero verde entre amapolas diseminadas sobre alfombras de jaramagos y margaritas silvestres, paleta de color para un lienzo donde la naturaleza pinta a su antojo soleados campos, perfilando veredas entre olivos y encinas, por donde rodar la vida se convertía en un paraíso para el sístole y la diástole. Y mientras el sol se endurecía sobre el campo, la urbana vía verde continuaba ajena a todo recibiendo a ciclistas que iban y venían. Locus Amoenus cercanos, Macondos por donde los ciclistas concurren no precisamente a conocer el hielo, pero si a encontrarse con la libertad, la paz y el ensordecedor silencio que ofrece el espectáculo explosivo de la luz en la campiña sevillana alterado exclusivamente por el trino de los pájaros. Ahí emerge la poderosa catarsis del aire limpio que insufla el espíritu a cambio de dejar atrás la cotidianeidad, como una sugerente y generosa alteración de la rutina, y se alegró de cambiar el coche por la bicicleta, porque verdaderamente, hacía una mañana deliciosa para ir al Aljarafe.

Y verdaderamente, se sintió vivo.